

NARRATIVA INFANTIL Y PROPAGANDA
IDEOLOGICA
(1936-1939)

JAIME GARCIA PADRINO

Numerosos testimonios y rigurosas investigaciones han evidenciado las complejas y diversas consecuencias que, para la vida general de nuestro país, supuso el enfrentamiento entre dos contrapuestas concepciones sobre lo que debía ser España, desencadenante del levantamiento militar que iniciaba la Guerra Civil. Vaya por delante, pues, que este artículo no trata de añadir nada fundamental al hecho reconocido de la indiscutible y honda repercusión de aquella pugna en todos los órdenes de la cultura española.

Desde tal premisa sobre los factores y las circunstancias derivadas de aquel período histórico, también cabe aceptar que la literatura infantil viviese todas y cada una de las consecuencias proyectadas en el mundo propio del niño. Y así, por su trascendencia en la evolución de la literatura infantil española, conviene recalcar que el alentador panorama, ofrecido gracias a la renovación experimentada por el género durante los años inmediatamente anteriores a 1936, quedó truncado de raíz a partir de aquel 18 de julio¹... Pero además, después del mes de abril de 1939, las obras literarias dedicadas al niño serían radicalmente distintas a las aparecidas en los primeros años treinta, con una ruptura profunda en relación a las tendencias creadoras e iniciativas sociales que hicieron posible una actualización de temas y tratamientos literarios, iniciada en la década de los veinte y con sus mejores aportaciones en los primeros años treinta.

1. Algunos aspectos de esa renovación —en especial, los relacionados con la evolución de la narrativa dedicada al niño— los hemos tratado ya en: "Evolución del cuento literario infantil en la España contemporánea (1885-1939)", en *Retama (Colaboraciones interdisciplinares)*, nº7, E. U. Profesorado E.G.B. "Fray Luis de León", Cuenca, Enero 1989, págs. 71-82).

Desde los planteamientos editoriales y la difusión social del libro infantil, hasta la consideración del niño como sujeto receptor de un particular mensaje literario, todos los elementos propios de la literatura infantil sufrieron sustanciales modificaciones que, en algunos aspectos, requirieron una larga y lenta evolución hasta ser superadas, varias décadas después, tal como sucedió con las circunstancias generales de la vida española.

El factor determinante para la evolución de la literatura infantil en los años de la Guerra Civil fue el notorio cambio en la consideración y la atención sociales hacia la infancia. De unos sujetos a los que educar, instruir o recrear —y a quienes en la época anterior se les había dedicado iniciativas creadoras sugerentes y orientadas por una deseada adecuación a su realidad psicológica—, se pasó a partir de julio de 1936 a ver en ellos, ante todo, a unos receptores de mensajes de neto contenido ideológico y de enfoques proselitistas. De tal forma se esperaba desarrollar en el niño y en el joven una condicionada conciencia, como ciudadano y como futuro de esperanza, acorde con la imagen política defendida por cada bando en lucha.

Desde tal concepción del niño, destinatario de una rígida formación ideológica, creemos que deben ser analizadas y valoradas las iniciativas editoriales de aquellos años —de muy difícil mantenimiento, salvo las respaldadas por los aparatos oficiales de propaganda—, las reformas educativas emanadas desde las correspondientes necesidades para la superación de aquella profunda crisis mediante la formación de un nuevo tipo de ciudadano, y el empleo de otros medios de difusión —prensa, radio—, para hacer llegar al niño con distintos pretextos literarios esa acción proselitista.

Con los condicionamientos así apuntados, propios de una situación bélica como aquella, la literatura infantil fue pronto convertida en un vehículo de concretos postulados propagandísticos. De esa forma, cuando se planteaba la preocupación creadora por el niño como lector, el resultado solía ser unas creaciones “pseudo-literarias”, dictadas desde los componentes políticos de cada causa, mientras el afán adoctrinante ahogaba la posibilidad de una más auténtica literatura. Sólo muy determinadas creaciones —como los cuentos publicados por Elena Fortún²—, superaron tal dificultad, al saber mantener un tratamiento literario desvinculado de cualquier declarado propósito combativo o militante.

Partamos, pues, de este hecho. Durante los tres años de la Guerra Civil, algunos creadores —que ya habían cultivado con asiduidad la literatura infantil en la época anterior a 1936— trataron de colaborar, desde su particular experiencia, al combate ideológico desarrollado en torno a la formación de los más jóvenes. También otros autores se incorporaron a esa tarea. Con más entusias-

2. Una completa relación de esos cuentos puede verse en BRAVO-VILLASANTE, C. y otros, *Elena Fortún (1886-1952)*, Madrid, Asociación Española de Amigos del IBBY, 1986.

mo que acierto, y animados por llevar la exaltación militante de aquellos momentos a los niños y jóvenes de cada zona. Por otra parte, y de acuerdo, con las circunstancias generales de la cultura española en este período, la dedicación creadora a la literatura infantil resultó más esporádica en la zona nacional, como si hubiese sido resultado de una escasa labor sistemática, frente a las realizaciones del bando republicano, de una cuidada planificación y una superior profesionalidad en los planteamientos literarios.

La proyección del compromiso ideológico en las creaciones dedicadas a la infancia y a la juventud tuvo, en lo fundamental, dos vertientes principales: una, la explicación o justificación del conflicto para unos testigos indirectos —los niños y los jóvenes—, a la vez que víctimas de unas situaciones cuyas causas no conocían ni podían interpretar por sí mismos; y otra, la creación de unos modelos de conducta que sirviesen de referencia clara para sus destinatarios. Tal carácter modélico se volcó, con especial intensidad, en la creación de unos tipos infantiles, presentados como protagonistas de unas peripecias con las que se intentaba ofrecer suficientes rasgos para la autoidentificación de los lectores.

Tanto una tendencia —la justificación histórica ofrecida a la infancia y a la juventud—, como la otra —exaltación de figuras modélicas—, reflejaban, punto por punto, las bases ideológicas de cada bando. Surgieron así obras que trataban de contribuir, desde ambas perspectivas, a una formación proselitista, con el manejo de una serie de lugares comunes —derivados de la dialéctica más tópica entre fascismo/antifascismo, nacionalismo/comunismo, orden/anarquía...—, y atribuían comportamientos prototípicos a sus personajes. De tal modo que se convertían en argumentos ideológicos más vehementes que reflexivos. Por esta razón, algunas de las obras analizadas aquí, aparecidas en ambos bandos, ofrecen un notorio paralelismo en sus particulares discursos y tratamientos temáticos. En cambio, los auténticos rasgos diferenciadores deben buscarse en la utilización, con evidente intención maniquea, de los calificativos para caracterizar a cada una de las concepciones en lucha.

LOS INTENTOS LITERARIOS PARA LA JUSTIFICACION DEL CONFLICTO

La organización de cada zona, ya desde el mismo inicio de la Guerra Civil, marcó el empleo de los vehículos literarios para la difusión de sus respectivas doctrinas y la justificación de sus principios ideológicos. Así, las primeras muestras de tales intentos aparecieron en el bando republicano, fechados en 1936 y 1937, y correspondían a distintas ediciones del Ministerio de Instrucción Pública y de la Generalitat de Catalunya³. Mientras, las ediciones de ca-

3. Para las necesidades de concienciación política de la juventud, el aparato estatal republicano creó la editorial Estrella, "Editorial para la Juventud". Sus ediciones aparecían como publicadas en Bar-

mo que acierto, y animados por llevar la exaltación militante de aquellos momentos a los niños y jóvenes de cada zona. Por otra parte, y de acuerdo, con las circunstancias generales de la cultura española en este período, la dedicación creadora a la literatura infantil resultó más esporádica en la zona nacional, como si hubiese sido resultado de una escasa labor sistemática, frente a las realizaciones del bando republicano, de una cuidada planificación y una superior profesionalidad en los planteamientos literarios.

La proyección del compromiso ideológico en las creaciones dedicadas a la infancia y a la juventud tuvo, en lo fundamental, dos vertientes principales: una, la explicación o justificación del conflicto para unos testigos indirectos —los niños y los jóvenes—, a la vez que víctimas de unas situaciones cuyas causas no conocían ni podían interpretar por sí mismos; y otra, la creación de unos modelos de conducta que sirviesen de referencia clara para sus destinatarios. Tal carácter modélico se volcó, con especial intensidad, en la creación de unos tipos infantiles, presentados como protagonistas de unas peripecias con las que se intentaba ofrecer suficientes rasgos para la autoidentificación de los lectores.

Tanto una tendencia —la justificación histórica ofrecida a la infancia y a la juventud—, como la otra —exaltación de figuras modélicas—, reflejaban, punto por punto, las bases ideológicas de cada bando. Surgieron así obras que trataban de contribuir, desde ambas perspectivas, a una formación proselitista, con el manejo de una serie de lugares comunes —derivados de la dialéctica más tópica entre fascismo/antifascismo, nacionalismo/comunismo, orden/anarquía...—, y atribuían comportamientos prototípicos a sus personajes. De tal modo que se convertían en argumentos ideológicos más vehementes que reflexivos. Por esta razón, algunas de las obras analizadas aquí, aparecidas en ambos bandos, ofrecen un notorio paralelismo en sus particulares discursos y tratamientos temáticos. En cambio, los auténticos rasgos diferenciadores deben buscarse en la utilización, con evidente intención maniquea, de los calificativos para caracterizar a cada una de las concepciones en lucha.

LOS INTENTOS LITERARIOS PARA LA JUSTIFICACION DEL CONFLICTO

La organización de cada zona, ya desde el mismo inicio de la Guerra Civil, marcó el empleo de los vehículos literarios para la difusión de sus respectivas doctrinas y la justificación de sus principios ideológicos. Así, las primeras muestras de tales intentos aparecieron en el bando republicano, fechados en 1936 y 1937, y correspondían a distintas ediciones del Ministerio de Instrucción Pública y de la Generalitat de Catalunya³. Mientras, las ediciones de ca-

3. Para las necesidades de concienciación política de la juventud, el aparato estatal republicano creó la editorial Estrella, "Editorial para la Juventud". Sus ediciones aparecían como publicadas en Bar-

rácter infantil, animadas por una explicación nacionalista sobre los acontecimientos vividos entonces por el país, no vieron la luz hasta los últimos meses de la contienda y los primeros años de la postguerra⁴.

Esas primeras ediciones respondían a la necesidad de una rápida respuesta ideológica ante la rebelión contra los fundamentos del Estado republicano. Uno de estos primeros intentos —si no el primero, si nos atenemos a la fecha de publicación— lo hemos encontrado en la obra de **Ramón J. Sender**, titulada *Crónica del pueblo en armas* (1936)⁵. Desde un claro planteamiento de concienciación política de la juventud. Sender ofrecía en ella una completa combinación de los elementos fundamentales en la “cosmovisión” republicana y antifascista, pese a lo apresurado de una redacción propia de “obra de trinchera”. Ya desde el título, la obra realza el papel histórico del pueblo, presentado como auténtico factor del progreso social. Frente a él, las clases dominantes, sometidas a una continua degeneración en el devenir de la historia, por lo que el autor ensalzaba al socialismo como único medio para la conquista del poder para el pueblo.

Para llevar este mensaje político —la lucha del pueblo contra la iglesia, la aristocracia y el fascismo— a los destinatarios deseados, Sender desarrollaba una exposición, ordenada y selectiva, de los acontecimientos vividos por España y que, de acuerdo con su tesis básica, ejemplificaban las causas de aquel conflicto. Con un estilo directo, apoyado en apelaciones a los jóvenes lectores y sin rehuir las excesivas aclaraciones y la simplificación de realidades y conceptos históricos, Sender trataba de impresionar, de conmover, los sentimientos de los lectores más que el estimular la personal reflexión. Desde tal actitud, el propio autor declaraba su escaso interés por la rigurosidad de la crónica o

celona, pero dependía de los organismos centrales de la II República y su sede estuvo en la ciudad de Valencia. Algunos de sus títulos aparecieron también editados en Madrid, por el Ministerio de Instrucción Pública, y dedicados a los “niños del pueblo español, a los huérfanos e hijos de nuestros gloriosos milicianos, a los niños de los valientes defensores de Madrid, a las pequeñas víctimas inocentes de la barbarie fascista”.

Por su carácter representativo de las creaciones dedicadas a la forja de héroes infantiles, recordemos dos ediciones de la Generalitat de Catalunya: *Auça del noi català, antifeixista i humà*, de JOSEP OBIOLS, y *El més petit de tots* (1937), de LOLA ANGLADA.

4. Ejemplo de tales creaciones son las obras de FEDERICO GARCÍA SANCHIZ, *Más vale volando... (En memoria del doncel Luis Felipe García Sanchiz y Ferragud y demás héroes adolescentes)* (San Sebastián, Editorial Española, 1938) y *Sacrificio y triunfo del halcón* (San Sebastián, Editorial Española, 1939), subtitulada ésta como “intento de una nueva explicación de la Historia de España”, y dentro de una serie denominada “Los libros del *Doncel*”, un homenaje a la memoria de aquel joven caído e inspirado “en la misma fe en Dios y la Patria, por la que PIPE y los otros dieron la vida”.

Recordemos también la obra de MANUEL AZNAR, *Guerra y victoria de España (1936-1939)* (Madrid, Magisterio Español, 1942), una versión reducida de su *Historia militar de la guerra de España* (1940) para responder a la supuesta pregunta de la juventud de “¿Qué ha acontecido en nuestra Patria?”, según la explicación de los editores.

5. SENDER, RAMÓN J., *Crónica del pueblo en armas*, Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, (s.a.:1937). El texto impreso se cerraba con la fecha de “Frente del Guadarrama, 10 de septiembre 1936”.

por la interpretación histórica de los hechos relatados, exigencias que, por otra parte, estaban fuera de sus propias posibilidades en el momento de la composición:

Monarquías feudales, en pleito o armonía según los casos, con la aristocracia y el clero, tenían a su cargo, antes que otra misión la de conservar usos, derechos y fueros en cada reino; o sea, velar por las libertades populares. Rey había como el de Aragón a quien se le decía en el acto de coronarle: "Nos, cada uno de los cuales vale tanto como vos, e todos juntos mas que vos, os hacemos rey. Lo seréis si conserváis nuestros fueros e franquicias, e si non, non" (No recuerdo exactamente la fórmula, porque escribo todo esto de memoria desde Guadarrama, pero su sentido y hasta la forma aproximada era esa)⁶.

Remontada la crónica a los orígenes de nuestro país, Sender cuidaba la presentación del pueblo español resistiendo a las sucesivas dominaciones, pero siempre enfrentado a esas tres poderosas fuerzas: Rey, nobleza, iglesia. En tal interpretación, atribuía rasgos bien negativos a los visigodos y situaba antes de su llegada a España el inicio de la influencia de la iglesia católica. A la desconfianza y al miedo entre las clases dominantes, Sender justificaba el éxito de la invasión de los árabes y exaltaba su valor como nación que aportó una época de esplendor y supo ser aceptada por los españoles, si bien admitía Sender que la degeneración de aquella civilización provocó una situación similar a la vivida en España antes de su conquista. Con el fin de esa dominación, Sender aprovechaba para criticar la unidad española, conseguida por Isabel y Fernando sobre la expulsión de los árabes y la destrucción de su cultura, lo que achacaba también el autor al apoyo de la iglesia católica.

En tal explicación, otro momento clave era el correspondiente a la monarquía absoluta, impuesta por la casa de Austria y mantenida por los Borbones, de cuya monarquía Sender sólo mostraba cierta admiración hacia la obra de Carlos III. Conforme a la pretendida exaltación del pueblo como auténtico héroe de nuestra historia, el autor resaltaba, de modo especial, el papel desempeñado por la resistencia popular en los años de la invasión napoleónica y del posterior triunfo del absolutismo fernandino.

Adentrada ya la crónica en el siglo XIX, la lucha contra el gobierno absolutista atraía la atención de Sender. Así, describía y criticaba desde su perspectiva, con cierta prolijidad, las más destacadas peripecias políticas de aquel período dominado por las guerras carlistas, los continuos cambios de gobierno y los pronunciamientos militares:

Isabel II, cada vez que tenía que cambiar un Gobierno, llamaba a una echadora de cartas para consultar el porvenir y cuando las dudas eran

6. *Ibidem*, pág. 8.

muy grandes se aconsejaba de una monja enferma que le había convencido de que unas llagas que tenía en el costado eran señales de Dios. Para sostener la Corte, los oropeles y los sueldos de los chambelanes, los generales y los verdugos, cada día se imponían nuevos tributos al pueblo. Cuando éste no podía aguantar más, Narváez hacía oír su voz, llenaba el aire con sus amenazas y por si eso no bastaba ahorcaba públicamente a algún agitador o jefe popular. Los que me leéis desde el principio ya sabéis que el pueblo español no se ha resignado cobardemente a la tiranía nunca. En esta ocasión tampoco podía tomar una actitud conformista. A poco de subir Narváez al poder comenzaron de nuevo los pronunciamientos⁷.

En el discurrir propio de la crónica, la llegada del socialismo era presentada por Sender como una ciencia social y como un medio de los trabajadores para conseguir una táctica y una técnica de combate, y de nuevo trataba de adecuar tal explicación a las posibilidades de comprensión de sus destinatarios, por medio de la apelación directa y una simplificación de los propios conceptos tratados:

Lo que más irritaba a la gorda Isabel y a sus amigos era la pureza y la bondad de las ideas de los socialistas, quienes decían que para el pueblo trabajador no podía haber fronteras ni otros enemigos que sus explotadores. Todos los trabajadores del mundo son hermanos y tienen un mismo enemigo. Todos deben de estar de acuerdo para aniquilarlo. Un niño de España, cuyo padre es trabajador, puede considerarse hermano del chinito de Asia, del pequeño indio de América, del gracioso negrito de África. Si os pusierais a jugar juntos veriais que bien os entendiais, aunque hablarais idiomas diferentes. Y es que sus padres trabajan para poder vestirlos y alimentarlos, lo mismo aquí que en China y en África y eso hace que las preocupaciones de cada familia, lo mismo en Oceanía que en el Congo y en Vallecas sean las mismas⁸.

Después de extenderse en numerosos episodios y detalles de la evolución histórica y política del siglo XIX, Sender adentraba su crónica en los primeros años del actual. Desde el enfrentamiento del pueblo contra la monarquía de Alfonso XIII, las repercusiones de la revolución rusa, la alianza de los intelectuales, la guerra de Marruecos, el triunfo del fascismo en Italia y su proyección en España con la dictadura de Primo de Rivera, hasta llegar a la proclamación de la II República y las elecciones de febrero de 1936, con la constitución del Frente Popular, obra de la unión de "los verdaderos republicanos" y los partidos obreros, "por feliz iniciativa del partido comunista".

En su última parte, la crónica estaba centrada en el levantamiento militar del 18 de julio de 1936. Su descripción refleja la fuerte intención combativa

7. *Ibidem*, pág. 20.

8. *Ibidem*, págs. 25-26.

del autor y la propia cercanía de los hechos narrados, de la misma forma que en el breve epílogo ofrecía un canto esperanzado al poder del pueblo, nacido de su conciencia como fuerza organizada para aquella lucha:

Confundiendo y engañando a los soldados, a quienes decían que iban a defender la República, e intercalando entre ellos a curas, señoritos vagos, fascistas, aristócratas, usureros, rentistas, y todo género de elementos inútiles y dañinos para la salud del pueblo, bien armados todos por el dinero de los potentados y por los elementos que puso en sus manos Gil Robles mientras estuvo en el Poder, iniciaron el 18 de julio el movimiento más lleno de crímenes y de monstruosidades que registra la Historia de España y que recuerda ningún país civilizado del mundo⁹.

Eran ya los primeros meses de la postguerra cuando se publicaba *El amor a España (Escuela patriótica de la mocedad)* (1940)¹⁰, de **Federico García Sanchiz**, obra inspirada por un declarado propósito de aleccionar a los jóvenes desde las bases ideológicas del credo nacionalista, como “un encargo para enseñarles por qué se debe amar a España”. Para cumplirlo, García Sanchiz recurría a la exaltación grandilocuente de los lugares claves en el armazón ideológico sobre el que trataba de construirse “el nuevo Estado”¹¹ y de su correspondiente modelo de civilización. “España, escudo y cauce de Europa”, “La Hispanidad”, “El Lepanto de la Teología”, “Trono, custodia y sol”, “El Imperio mozo, orgullo del viejo”... eran algunos de los reveladores títulos de la casi veintena de apartados en los que García Sanchiz estructuraba este peculiar discurso dedicado a la juventud. El primero de ellos, “Patria”, sentaba ya los principios que debían animar a la “mocedad” en la defensa de ese concepto, argumentado como clara oposición al de “pueblo”, base esencial en la confrontación ideológica con el sistema republicano y democrático:

Hay que consagrarse a la Patria, porque en los Mandamientos se ordena honrar a los padres; y no estimar lo que consiguieron los del común, equivaldría al menosprecio de aquéllos que a nosotros nos han dado la vida, ajustando la suya, desde las ilusiones y el trabajo hasta la fundación del hogar, a los usos y costumbres vernaculares.

Hay que honrar a la Patria, porque, en el territorio nacional, todo concuerda con uno, y esa armonía de temperamentos hace de las generaciones ríos que afluyen al destino del país, y de cada ciudadano, acequia o regalo que extrae del caudal eterno su fortuna, su bien¹².

Desde tal perspectiva, la desnaturalización de lo hispánico, la extranjerización —más visible, según García Sanchiz, en la época ochocentista—, y una cre-

9. *Ibidem*, págs. 43-44.

10. GARCÍA SANCHIZ, FEDERICO, *El amor a España (Escuela patriótica de la mocedad)*, San Sebastián, Editorial Española, 1940.

11. CIRICI, ALEXANDRE, *La estética del franquismo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977, págs. 157-166.

12. GARCÍA SANCHIZ, F., *ob. cit.*, págs. 16-17.

ciente pérdida de fe en el concepto del “casticismo” hispánico, eran presentados a la juventud como los principales factores en el origen del conflicto:

En vano, aislados episodios y singulares personalidades, sostuvieron el casticismo en las referidas centurias; desde Francia se maniobraba en conjunto y con superioridad.

En el transcurso de las décadas, cada vez mayor descrédito internacional, y menos fe nosotros, como si no bastara la *leyenda negra*, im placable calumnia con que procuraban desquitarse los humillados enemigos, piratas metidos a moralistas.

De repente, la resurrección. Cruzada consideramos el Movimiento, y se peleó sin duda en nombre de los ideales clásicos, habiéndose reproducido además aquellas acciones fabulosas de los antiguos, y a las de tierra y mar añadiendo las del aire¹³.

En el desarrollo de su interpretación de la historia española, García Sanchiz declaraba una voluntad de estilo “limpio, exento de énfasis”. Sin embargo, el carácter de su discurso, cargado de apreciaciones personales, de valoraciones afectivas —servidas con explícita adjetivación—, retorció la propia estructura de los argumentos:

El mapa de España, una piel de toro. Así es, concordando la imagen con la tauromaquia, y esta aludiendo al totem o animal en que nos descubrimos y reconocemos, no sin orgullo, por convenir el ímpetu, gallardía y fiereza de las reses bravas al temperamento nacional. En nuestro pueblo, quien no tiene la inteligencia taurina, contradictoria, pues consiste en dejarse engañar, y en responder con nobleza a la traición, verdadero absurdo, si juzgamos las cosas con el criterio de las gentes, casi no cabe duda que topará al estilo de los cornúpetos, y no sirviéndole la cabeza más que para embestir.

Otra semejanza halláramos en el perfil de la Península; por ejemplo, ¿no parece el de una testa, y si apuramos el símil, arrancada del cuerpo, y por los cabellos en la garra de Europa, lo cual podría referirse a nuestra ya clásica africanización¹⁴.

En la misma línea de recreación literaria de las causas y de los principales sucesos de la Guerra Civil, desde una neta visión tendenciosa ofrecida a la infancia y a la juventud, aparecía la colección “**Biblioteca Infantil: la Reconquista de España**”, a los pocos meses del final del enfrentamiento militar. La explicación editorial para aquel proyectado centenar de entregas decenales era clara, en cuanto a los objetivos que trataba de cubrir tan particular ilustración de aquel período histórico:

Se ha escrito mucho acerca de la magna Epopeya, labrada en granito, culminación de esfuerzos gigantescos de nuestros soldados heroicos y

13. *Ibidem*, pág. 70.

14. *Ibidem*, págs. 83-84.

creada en el cerebro prodigioso de nuestro invicto Caudillo; pero siempre habrá de ser, por los siglos de los siglos, cantera inagotable de donde nuestros futuros publicistas sacarán materiales con que dar a luz libros y estudios de tipo histórico y docente que constituyan otros tantos pilares donde se asiente la obra inmensa gloriosamente iniciada por ese hombre providencial que siente a España en el cogollo de su corazón¹⁵.

La realización de ese proyecto corrió a cargo de **Víctor Ruiz Albéniz**, "El Tebib Arrumi", que trataba de animar cada uno de los volúmenes de esa "Biblioteca Infantil...", con un tono cercano a la crónica periodística. No obstante, es difícil encontrar la objetividad en la descripción de aquellos acontecimientos. La calificación intencionada, para el realce de una idealizada versión "nacionalista", tenía como resultado una exposición bien subjetiva, cargada de tan enfervorizadas diatribas como de exultantes alabanzas, repartidas según el bando en cuestión.

A la vez, el deseo de llevar esa pretendida crónica a los lectores más jóvenes y de conmover, más que de convencer, obligaba a "El Tebib Arrumi" a recurrir a los diálogos plagados de frases tópicas, puestas en boca de los protagonistas con el afán de caracterizarlos en prototípicas actitudes. Vehemencia retórica, con frases en suspenso, preguntas a los lectores y exclamaciones intercaladas, y una perspectiva narrativa propia de un dominador de todas las claves y las circunstancias de cada situación descrita:

No se podía esperar más.

El 13 de julio llegó a Melilla la mala nueva del alevoso crimen cometido por el Gobierno contra Calvo Sotelo... ¡No cabía esperar más! Ya entonces se sabía "de buena tinta" que aquel execrable atentado no era sino el primero de la serie de los preparados para irse librando cautamente de los buenos españoles capaces de oponerse a la soviétización de España. El ensayo general de revolución marxista que tenían preparada con motivo de la inauguración de la "Olimpiada Roja", organizada en Barcelona por orden de Moscú para oponerse a la Olimpiada alemana y restarla elementos valiosos, podía muy bien pasar a ser de ensayo a primera representación del gran drama del triunfo comunista en España. El Gobierno, perpetrado el crimen contra Calvo Sotelo, bien a las claras decía cuál era su intención y cuáles sus propósitos de dejar libre el desate de los apetitos bestiales de la chusma marxista...¹⁶

15. De la explicación editorial incluida en uno de estos volúmenes, con el título de "Lo que se propone Ediciones España" (RUIZ ALBÉNIZ, VÍCTOR (El Tebib Arrumi), *Así empezó el Movimiento Salvador*, Madrid, Ediciones España, Abril 1940, Biblioteca Infantil: La Reconquista de España, n.º 2).

16. *Ibidem*, pág. 16.

LA EXALTACION DE HEROES POPULARES EN LA LITERATURA DEDICADA AL NIÑO

Aquel enfrentamiento entre dos modelos opuestos de cultura también quedó plasmado en la configuración idealizada de unos prototipos humanos, cuyos rasgos caracterizadores pretendían reflejar, como en un completo y concreto compendio, la cosmovisión defendida por cada bando. Los resultados, desde esta postura, solían ser unos personajes tan modélicos como hoy increíbles. Así, sus actos heroicos eran presentados, o justificados, como una reacción normal, acorde a esas atribuidas cualidades, ante las situaciones extraordinarias a las que eran enfrentados tales personajes.

Entre aquellos héroes de uno y otro bando existían, por una parte, los protagonistas de series de aventuras, con los que sus autores desarrollaban un concepto prototípico de la infancia y de juventud en esas circunstancias bélicas. "Rompetacones" y "Sidrín", creados por Antoniorrobles; "Mari-Pepa", de Emilia Cotarelo, o *El més petit de tots* (1937), de Lola Anglada, respondían a esa forja modélica de republicanos héroes infantiles.

De otro lado, las publicaciones nacionalistas recurrían a la presentación de unos personajes de tono cotidiano, inspirados en seres reales, como pretextos para la ilustración intencionada de situaciones o episodios particulares de la Guerra Civil. Como ejemplos de tal propósito, cabe citar los protagonistas de los cuentos radiofónicos de Fernández de Córdoba, basados en acontecimientos conocidos o vividos por el propio autor, o los personajes de *Aventuras de Juanillo* (1941), de Carmen Martel, o de *Un héroe de diez años* (¿1938?), de Manuel Barberán Castrillo.

Las publicaciones que hasta hoy hemos podido conocer, caracterizan a **Antoniorrobles** (Antonio J. Robles Soler) como uno de los más constantes y decididos creadores ocupados entonces en la difusión de una literatura infantil al servicio de móviles propagandísticos. Y en su peculiar exaltación de héroes populares, ya hemos señalado dos de sus aportaciones: la adaptación de Rompetacones —un protagonista ya conocido en sus obras anteriores— a las circunstancias de la Guerra Civil, y la creación de Sidrín, personaje original y cargado de valores prototípicos.

Con el primero de esos dos personajes citados, Antoniorrobles publicó cinco relatos¹⁷, de los que dos ya habían aparecido con anterioridad a la Guerra Civil en otras ediciones: *Automóviles audaces que de morir son capaces* era uno

17. Los cinco volúmenes fueron publicados por "Estrella. Editorial para la Juventud" y sus títulos fueron: *Cierto niño, en cierta guerra, con tigres labró la tierra*, *El poderoso influyente y los tres magos de Oriente*, *Automóviles audaces que de morir son capaces*, *Llevar a la Luna un día hasta la comisaría* y *Palomitas de Botón, de paz y de guerra son*.

Dado que en estas publicaciones las páginas no aparecían numeradas, no podemos indicar esta referencia en las citas textuales siguientes.

de los relatos incluidos en el volumen titulado *8 cuentos de los juguetes vivos* (1931)¹⁸, mientras *Llevan a la luna un día hasta la Comisaría* correspondía a una adaptación del cuento publicado por el autor en la sección infantil de la revista *Crónica*¹⁹. Al publicarlos ahora, ambos cuentos ofrecían modificaciones importantes en sus elementos temáticos y en las actuaciones de sus protagonistas, reveladoras de la militancia ideológica que inspiraba aquellas publicaciones. De esa misma forma en el titulado *Cierto niño, en cierta guerra, con tigres labró la tierra*, y a modo de los habituales prólogos de su autor, declaraba así su rotunda toma de postura ante el papel deseado para la literatura infantil en aquellos momentos difíciles:

Escritas estas obritas con el fin de colaborar a que las generaciones que lleguen de la infancia no se deslumbren ni se estrellen contra los faros de luz limpia de las ideas modernas, nos hemos encontrado un dilema:

¿Empequeñecemos los cuentos, como en un nuevo “Juanito” —el libro de las lecturas ñoñas— con asuntos de falso realismo, de niños que dieron el santo espejo de una anécdota?... Ejemplos: el muchacho que vende su peonza o su naranja, para contribuir a una suscripción con la que han de comprarse arados modernos... El chaval que pasa, arrastrándose por campos de peligros, para llevar la torta que una abuelita coció para el nieto que está en la guerra...

Claro es que no soy partidario de esta escuela vieja. Hay que educar a los niños para una Paz futura, monumental y luminosa, que ellos amen eternamente; esa es nuestra tarea. Que entren en la pubertad decididos a defender su Paz mundial, y que sean todos los niños de todos los países, unidos a defenderla. Esa es nuestra tarea.

En consecuencia, ¿haremos el cuento de proporciones más amplias, de fantasía más abierta, de concepto literario más moderno, que sirva para poner al vivo —si uno puede o sabe hacerlo— la sensibilidad del niño, lo que ha de aprovecharse para dejar impresadas, en su magín y su corazoncillo, las ideas generales de las ideas nuevas?

Hemos preferido intentarlo así.

El desarrollo de la historia no dejaba lugar a dudas sobre el carácter combativo de estas ediciones dedicadas al niño durante estos años. El estallido de una guerra, causada “por las ambiciones fascistas”, despuebla de adultos la isla del 8, habitada por gentes ricas, poderosas y nobles, que sólo están acostumbrados a vivir en medio del placer y de la diversión; en otra isla, la de la Q, por el contrario, habitan familias de pobres pescadores y, entre ellos, Botón Rompetacones y Azulita, que conservan aquí su carácter de arquetipos literarios del autor para ofrecer con ellos su propia imagen del niño universal. Un bombardeo destruye el hogar de los dos hermanos y deben trasladarse a la otra isla en busca de trabajo. Allí el

18. ROBLES SOLER, ANTONIO (ANTONIORROBLES), *8 cuentos de los juguetes vivos*, Madrid, CIAP, 1931 (2ª ed., Barcelona, La Gaya Ciencia, 1978).

19. “La Luna conducida por la Guardia Civil”, en *Crónica*, n.º 260, 4 noviembre 1934, y publicado también en *El señor que se comió un mundo*, Barcelona, Noguer, 1985.

ingenio de Botón les ayuda a superar las dificultades, pero la continuidad de la guerra hace que todos los niños queden abandonados, sin adultos y sin animales de labor, y sin saber hacer frente por sí mismos a las necesidades más inmediatas. Pero Botón, niño proletario y que por eso conoce las virtudes del trabajo, se las compone para arar un campo de fútbol con una yunta de tigres sacados de la Casa de Fieras. El ejemplo hace descubrir a los otros muchachos los valores del propio esfuerzo y se llega así a una curiosa colectivización de las actividades laborales y de la propia vida en la isla del 8.

Al regreso de los mayores —“creyendo que la vida de la isla iba a seguir como antes de la guerra”— son recibidos con esta proclama, elaborada por los propios muchachos:

Desde ahora mismo nuestros padres, que están viejos y vienen mutilados, vivirán sin trabajar, en parques y dormitorios que les prepararemos a todos: lo mismo si son médicos, si son jardineros o marqueses. Pero estarán respetuosamente vigilados, para que no vuelvan a restablecer sus viejas costumbres de desigualdad. Nuestra Comisión, con su jefe primero, que es Rompetacones, regirá la isla y ya no habrá príncipes, ni condes, ni esas tonterías. Todos seremos trabajadores y todos seremos compañeros. Cada uno tendrá sus obligaciones, y todos disfrutaremos por igual de los recreos y de los juegos. A trabajar cada uno para todos, y al que más trabaje sabremos los demás recompensarle. ¡Viva la “Isla del 8”!

La más completa combinación de modelos y conceptos ideológicos en la lucha contra el fascismo era ofrecida por Antoniorrobes en su cuento *Palomitas de Botón, de paz y de guerra son*, único de esta serie que parece ser una composición original de su autor, y no un tratamiento o adaptación de otros relatos incluidos en sus volúmenes anteriores.

De acuerdo con esta intención de desarrollar los esquemas tópicos en aquel enfrentamiento de modelos de cultura, Antoniorrobes presenta a Rompetacones y a Azulita viviendo felices en Villaperrín del Rabo, con sus tíos don Terrón y doña Pulsera. Si aquel es médico de los obreros humildes, ésta emplea una herencia recibida de su abuelo —una olla con monedas de oro—, para comprar un huerto y dar así trabajo a los obreros parados. Motivo aprovechado por el autor para resaltar el reparto de la propiedad y la participación de los trabajadores en los beneficios producidos por su propio trabajo, como bases de la revolución defendida por la República.

Frente a las alabanzas dedicadas a la dignidad de los trabajadores, Antoniorrobes caracterizaba a la iglesia, la aristocracia y el ejército, como enemigos del pueblo, mediante el empleo de calificativos beligerantes y la atribución de actitudes tópicas. Así, en este relato, los “millonarios holgazanes”, los “militarotes” y los obispos reúnen sus riquezas para desencadenar “la guerra más cruel y más injusta del mundo” contra el proletariado. A partir de esa situación —donde “eran los ricos los que querían la guerra para ametrallar a los obreros y tenerlos aún más sometidos”—, Antoniorrobes ofrece las situaciones tópicas que marcaron la rebelión fas-

cista, sus consecuencias y los principales episodios de la guerra, con esa misma esquematización maniquea.

Planteado así el origen de la guerra, una de sus primeras víctimas es doña Pulserita, símbolo de la burguesía que había ayudado al pueblo. Su muerte es presentada por el autor en una de las terribles escenas, habituales entonces en aquella trágica confrontación: el fusilamiento de víctimas inocentes o de personajes positivos²⁰.

Inmediatamente hicieron prisionera a doña Pulserita. Le ataron los pies y las manos, le cortaron el pelo al rape. se rieron de ella con carcajadas cobardes y canallas, y como había tratado bien a los obreros, y era culpable de que los otros obreros quisieran que los trataran bien a ellos, los guardias de los ricos la llevaron a una tapia blanca, le taparon los ojos y se prepararon para pegarle cuatro tiros.

¡Qué valientes fueron los fascistas con aquella mujer indefensa! Quiero decir cobardes.

Pero ella dio un grito, diciendo:

— ¡¡Viva la República de los Trabajadores...!!

Después sonaron los disparos. Se la vio doblarse, y cayó al suelo como un trapo.

Otra de las situaciones desarrolladas por Antoniorrobles en este relato era el bombardeo de las poblaciones indefensas en la retaguardia. Su recreación literaria participa del juego del absurdo y del disparate, rasgo habitual en la narrativa anterior del autor. Así, Villaperrín del Rabo se queda sin adultos, al marchar éstos a combatir al frente; sólo viven allí los viejos, las mujeres y los niños, lo que atrae el bombardeo de los fascistas. Botón y sus amigos consiguen tapar la Luna con una cometa grande y evitan, de ese modo, que los fascistas localicen el pueblo desde el aire.

En tan peculiar caracterización de la guerra, Antoniorrobles conduce después las aventuras de su prototípico protagonista infantil como soldado en el frente. Ahora, la guerra real es el marco de sus peripecias, entre las que intercala alabanzas al ejército de los proletarios, en ese mismo tono ingenuo, sencillo y directo, pensado para conmover a los lectores infantiles:

Aquel ejército de los proletarios era tan valeroso, que vivía feliz a pesar del peligro y de las incomodidades. Tenía fe en el triunfo; tenía entusiasmo; al fin acabaría con los crueles y egoístas ricachos que sostenían la guerra, y con los criminales que cobraban dinero para disparar, contra los obreros, aquellas terribles máquinas de guerra que los poderosos se habían comprado.

¡Qué lucha tan criminal! Pasaban las balas del cañón enemigo silbando por encima; ¡ah!, pero los soldados del pueblo echaban los gorros

20. Véase también una situación de fusilamiento en *Un héroe de diez años*, de Manuel Barberán Castrillo, que presentamos más adelante. Sobre el sadismo, "cultivado sistemáticamente en todas las publicaciones para niños" en aquellos años. CIRICI, A., *ob. cit.*, págs. 164-166.

alegremente al aire para que se los llevaran los obuses. Caían las bombas de aviación, que levantaban gran polvareda, pero los obreritos se tumbaban en el suelo para evitar el peligro... y a veces se quedaban tranquilamente dormidos.

Dentro de esa caracterización del héroe, Botón se enfrenta a todos los peligros y al poderoso armamento comprado con “el oro de los ricos” para ganar aquella guerra. En un ataque contra posiciones fascistas, el muchacho es hecho prisionero por el enemigo y condenado con gran crueldad a que le sean cortados un dedo, una mano y la cabeza. Pero, cuando los soldados fascistas están ejecutando la sentencia, Botón es liberado y, aunque manco de la mano izquierda, sigue “tirando bombas al paso de los tanques fascistas”.

Después del regreso victorioso del ejército de la República de los Trabajadores y de la reconciliación posterior entre los combatientes de los dos bandos, la parte final del cuento está dedicada a un canto a la Paz, con el recurso al símbolo de las palomitas que Botón había criado durante la guerra para poder enviar mensajes a los soldados:

Yo quisiera veros mucho tiempo —¡mucho!— cruzar alegres los cielos de todo el mundo —¡todos!— y daros siempre, a unas y a otras, ese saludo que a veces os escuché desde mi ventana, cuando cruzáis en vuelo; ese saludo que dice:
— SALUD y PAZ, compañera!
¡PAZ sobre la tierra entera!

La segunda serie de las publicaciones de Antoniorrobes para la editorial Estrella, estaba dedicada a una idealización de otro héroe infantil: Sidrín. En el primer volumen, *Don Nubarrón en los refugios*, el autor caracterizaba los personajes con los que pretendía animar esta “colección de cuentos infantiles, adaptados a nuestra época actual de lucha contra el fascismo”. De tal modo, cada historia era un mero vehículo para inequívocos mensajes relacionados con los problemas de la vida en la retaguardia, además de insistir en la concienciación de la lucha contra los fascistas y los enemigos de la República, representados en la figura de Don Nubarrón²¹:

Don Nubarrón era un hombre gordo y bigotudo, que comía buenas chuletas, fumaba buenos puros y gastaba bastón de bola.

Era un fascistón terrible; lo que él quería era que la clase trabajadora siguiera siempre trabajando en favor de los ricos, y siempre decía:

—¡Nada, nada! el fascismo tiene que pelear contra los obreros del Mundo entero que pidan justicia. ¿Por qué vamos a dar justicia al pueblo?... ¡Bah!

21. Los títulos publicados por la editorial Estrella, con esos personajes de Antoniorrobes, fueron: *Don Nubarrón en los refugios*, *Don Nubarrón y su tinajón*, *Don Nubarrón en las colas*, *Don Nubarrón y el saco de oro*, *Don Nubarrón y su acordeón*, *Don Nubarrón y su colilla*, *Don Nubarrón en el estómago del submarino* y *Don Nubarrón por los aires*.

Frente a este negativo personaje, Antoniorrobes presentaba la oposición de Sidrín, como figura infantil de netos rasgos no menos prototípicos:

Entre los colegiales había uno que se llamaba Sidrín; era madrileño, simpático y antifascista decidido; llevaba gorro de miliciano con una pluma de pavo real —que él decía que era de “pavo republicano”—, y unas botas grandes de esas para el agua, con unas espuelas grandonas que se había puesto para tomar el pelo a esos generales fanfarrones de las dictaduras militares.

Junto a Sidrín, el autor recurría a otro personaje, el perro Trimotor —“un can evadido del campo enemigo, donde decía que los fascistas extranjeros se llevaban hasta los huesos”—; ambos, chiquillo y perro, conseguían en cada cuentecillo engañar a Don Nubarrón y ofrecer, de ese modo, una pequeña lección a sus lectores sobre los negativos comportamientos simbolizados en ese personaje. Así, *Don Nubarrón en los refugios* servía para avisar de los peligros de los bombardeos en la retaguardia y para la prevención de las acciones insolidarias en los refugios antiaéreos. O *Don Nubarrón y su tinajón* era utilizado para el ataque contra los partidarios y contribuyentes de armas y dinero a los fascistas, de la misma forma que *Don Nubarrón y su colilla* era una burla al “militarote italoalemán”, símbolo de la ayuda militar recibida entonces por el bando nacionalista...

En la misma colección donde aparecieron estos cuentos protagonizados por Sidrín, Antoniorrobes incluyó unas adaptaciones de siete relatos clásicos, donde modificaba las caracterizaciones de los personajes o añadía elementos particulares, para servir así unas ilustraciones de aspectos generales y tópicos de aquel enfrentamiento ideológico. De acuerdo con tal propósito de trasladar a la época actual y a la lucha contra el fascismo los asuntos de las más conocidas creaciones de la literatura infantil universal, en su versión de *Los músicos improvisados*²², Antoniorrobes utilizaba a los amos de los cuatro animales para ridiculizar a los militares, a los terratenientes, a la nobleza y al clero. Con la recreación de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*²³, el autor convertía a estos últimos en

cuarenta grandes capitalistas de la región, que se ponían de acuerdo secretamente para dar los mismos jornales de hambre a los obreros, empleados y campesinos, y para hacerse unos a otros alcaldes y gobernadores y ayudarse desde los sitios de mando en perjuicio del pueblo.

Ya eran dueños de las fábricas y de los campos, y secretamente lo eran de los negocios del Estado, como ferrocarriles, teléfonos y tabacos;

22. *Los músicos improvisados*. Cuento de Grimm, cambiado de época por Antoniorrobes. Ilustraciones de Bartolozzi. Barcelona, Estrella (Talleres gráficos de Ramón Sopena, E.C.), (s.a.: ¿1937?).

23. *Alí Babá y los cuarenta ladrones*. Cuento de “Las mil y una noches”, cambiado de época por Antoniorrobes. Ilustraciones de Bartolozzi. Barcelona, Estrella (Talleres gráficos de Ramón Sopena, E.C.), (s.a.: ¿1937?).

pero ocultaban los tesoros y las reuniones, porque el pueblo, cargado de razón, podría llegar a protestar.

En cuanto a las obras de intención literaria o pensadas como lecturas infantiles en la "España nacional", no hemos encontrado series semejantes, en su planificación, a las inspiradas desde los órganos de propaganda de la II República, si bien ya se ha señalado la importancia que, tanto la Falange como la Comunión Tradicionalista, concedieron a las publicaciones periódicas y que llegó a configurar una importante prensa dedicada al niño²⁴.

Desde esa carencia de series o colecciones de carácter infantil, la iniciativa personal o el impulso derivado de una experiencia determinada actuaban como móviles principales en las publicaciones que hoy hemos podido conocer y que trataban de hacer llegar a los niños de aquella zona una interpretación acorde con los correspondientes principios ideológicos.

Uno de tales ejemplos lo encontramos en los cuentos narrados por **Fernando Fernández de Córdoba** ante los micrófonos de Radio Salamanca, recogidos más tarde en su libro *Cuentos del tío Fernando* (1941)²⁵. Con una declarada intención de animar una imaginería heroica, poblada de personajes infantiles y juveniles, Fernández de Córdoba recurría a figuras como la de Luisito Moscardó, el corneta Rufo —hijo de labradores navarros, que anunciaba con su corneta el inicio de cada transmisión del "Parte Oficial de Guerra del Cuartel del Generalísimo"—, o a figuras femeninas como las de una "ciegucita de Granada", fiel oyente de aquellas emisiones radiofónicas, o Carmencita Franco, presentada por Fernández de Córdoba como modelo de jovencita española en su vida familiar:

Carmencita Franco es una niña muy guapa, con unos ojos grandes, y negros, muy negros. Es muy morena, y de cara graciosa y simpática. Alta, y más bien delgada. Suele llevar unos sombreros de alas anchas, y con la parte que da sobre la cara, levantada hacia arriba, que le están muy bien.

Vive con sus papás en un palacio muy bonito, en Burgos, que está rodeado de un gran jardín con muchos árboles y unos paseos entre el césped, cubiertos de una arena muy fina. Por ellos corre y juega Carmencita con unos primitos, unos niños preciosos a los que ella quiere mucho.

Carmencita es muy estudiosa. Una profesora le da clase todos los días, y ella siempre sabe las lecciones. Lo que más le gusta es aprender la Historia Natural, donde se explica la vida y costumbres de todos los animales, y el francés lo habla divinamente. Por las mañanitas tempranas

24. MARTÍN, ANTONIO, *Historia del comic español: 1875-1939*. Barcelona, Gustavo Gili, 1977, págs. 207-208; CIRICI, A., *Ob. cit.*, págs. 158-160.

25. FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, FERNANDO, *Cuentos del tío Fernando*, Madrid, Calleja, 1940.

no, a las nueve, en la capilla oye la Santa Misa acompañada de su mamá. Después desayuna con chocolate, que le gusta mucho²⁶.

Otro significativo ejemplo de los intentos literarios para crear modelos de "héroes nacionales", al alcance de la comprensión de unos lectores infantiles, es la obra titulada *Aventuras de Juanillo* (1941)²⁷, compuesta en plena guerra por **Carmen Martel**, autora de algunos cuentos infantiles publicados en los años anteriores a 1936. Desde el estilo narrativo a la caracterización de los personajes, todos los elementos respondían también a una clara beligerancia ideológica, respaldada así en el prólogo por las palabras de Pilar Primo de Rivera:

En "Aventuras de Juanillo" presenta la autora en forma sencilla y emotiva la inquietud y el entusiasmo de un pequeño, ganado por el milagro del Movimiento Nacional-Sindicalista a las sombras del rencor.

Cuando leáis sus andanzas, sobre todo vosotros los pequeños, tened siempre presente a aquellos hombres, llenos de juventud y de fe, que cuando España se despeñaba hacia el abismo, lanzaron virilmente su grito de rebeldía y fecundaron con su generosidad y sacrificio las tierras de España, de donde habían de brotar tantos discípulos que, al igual que "Juanillo", haciendo alto en el torcido camino de sus vidas, rectificaron, con la ofrenda de éstas a su Patria, y pudieron nombrar con veneración y sin sonrojo los nombres de los primeros Caídos que precedieron el amanecer del 18 de Julio. (...)

Estructurado en dos partes bien diferenciadas, el relato presenta al protagonista como "un perfecto pionero", alborotador y camorrista contra los pacíficos y tranquilos burgueses gaditanos, "uno de esos niños laicos en quien la República laica tiene puestas todas sus esperanzas...". Obligado por su padre, participa en la quema de iglesias el día de la rebelión militar, pero los remordimientos por tales hechos hacen enfermar a Juanillo, hasta que, dominada Cádiz por las tropas nacionales, el padre es capturado y condenado por la justicia, momento en el que el chiquillo inicia su "camino de redención", gracias a un amigo, que ya es flecha, y a una señorita de las que sufrieron los ataques anteriores de aquel feroz pionero. Tales personajes le ayudan a vestir la camisa azul y a participar en los ejercicios de instrucción militar con otros chiquillos. En tan extremosa evolución, Juanillo desea borrar sus pasadas culpas y las de su padre, por lo que su mayor afán es participar en la guerra como un soldado más:

Jamás se miró con tanta frecuencia en los espejos, para ver su figura reflejada... ¡Como es muy alto, parece mayor!; pero, no obstante, cuando pregunta con gran interés a sus instructores:

—¿Podría ir a la guerra?

26. *Ibidem*, págs. 64-66.

27. MARTEL, CARMEN, *Las aventuras de Juanillo*, Cádiz/Madrid. Establecimientos Cerón/Librería Cervantes, 1941 (El texto se cierra con "Cádiz, Mayo de 1938. El Año Triunfal" y el "imprimatur" está fechado también en Cádiz, el 19 de octubre de ese mismo año).

—¡Eres tan chico!— es la respuesta que siempre escucha.

Juanillo habla mucho de sus planes, con su amigo Luisito, y él también se va entusiasmando con la idea de partir para el frente, a unirse con las columnas que marchan sobre Madrid.

—¡Lo que tenemos que hacer es aprender pronto la instrucción y a manejar un fusil!

—Lo malo es que pesa mucho— comenta Luisito, menos fuerte que su compañero.

—Pues tira con pistola... La cosa es matar rojos, y lo mismo da con una cosa que con otra— contesta Juanillo, que siempre tiene salida para todo²⁸.

En esta delirante preparación del protagonista, escapa de su casa y, escondido en un vagón de tropas moras, se dirige hacia el frente. A partir de ese momento, se inicia la segunda parte del relato, dedicado a mostrar los rasgos heroicos de los que es capaz este personaje. Al mismo tiempo, la autora realiza una particular crónica de los principales hechos bélicos, vistos desde la perspectiva propagandística del bando nacional.

De acuerdo con tal propósito, Juanillo se convierte en “hijo adoptivo del Islam”, acogido con cariño por las tropas moras; participa en distintos combates hasta llegar a la liberación del Alcázar de Toledo, donde el chiquillo intenta, por sí solo, liberar a la familia del general Moscardó. El siguiente episodio tiene como marco el Cerro de los Angeles, donde Juanillo conoce “la infamia cometida por los sicarios de Moscú”; participa después en un ataque aéreo contra Madrid, que permite esta curiosa explicación de la autora sobre los objetivos de aquellos bombardeos:

Bajo él está la gran urbe esclava del marxismo. La obscuridad reina en ella y los aviadores no pueden ver el mosaico de sus calles y las torres de las iglesias y de la Telefónica... Pero está allí... ellos lo saben y ha llegado el momento de cumplir las órdenes del Mando.

El sueño de los habitantes de Madrid se ve turbado por el ruido de las bombas que caen del cielo como lluvia de fuego... Mas la población civil nada tiene que temer... El Caudillo no quiere hacer víctimas inocentes, sólo castigar a los rojillos e ir contra objetivos militares.

Eso lo saben todos y por eso la llegada de los aviones no produce angustia y sobresalto en muchos pechos... ¡sino alegría!... Es el saludo que España les envía... es el aviso de que se piensa en su calvario y se lucha por su liberación²⁹.

28. *Ibidem*, pág. 33.

29. *Ibidem*, pág. 59.

En tan extravagante acumulación de situaciones “heroicas”, Juanillo cae en manos del enemigo, pero con su arrojo consigue desbaratar una ofensiva enemiga. Realiza románticas hazañas, arriesga su vida para capturar una bandera. Vive el sitio de Bilbao. Entra en Covadonga. Derrama su primera sangre en combate, al destruir un tanque ruso, gracias a que —según explica la autora— su brazo, en ese momento, era guiado por Dios. La herida es grave y corre peligro una de sus piernas; cuando espera el momento de la intervención quirúrgica, Juanillo recibe su mayor alegría: conoce al Caudillo, quien, atraído por la simpatía y el valor del muchacho, le prende en el pecho una medalla militar, que él mismo llevaba en su uniforme:

—¿Cómo te las has arreglado para poder tú sólo con el tanque?...

El rostro del general se ilumina con una sonrisa... aquella sonrisa la ha visto él muchas veces antes de ahora. ¿Dónde?... ¿A quién?...

De repente una idea surge en su cerebro... ¿Será él?... ¿Será posible que aquel hombre que le habla con tanto cariño, que se interesa solícito por el estado de su salud, y cuya sonrisa se apaga en su rostro al conocer sus sufrimientos, sea el gran Caudillo que lleva a las tropas a la victoria?...

¿Será posible?... Y sus labios pronuncian con fervor casi religioso un nombre que lo dice todo:

—¡Franco!... ¡Franco!... ¡Franco!...

Y el Generalísimo, pues es él, paga su entusiasmo con una mirada de ternura y sus manos de padre acarician la frente del “flecha” gaditano.

Nada más... ni una palabra... pero el humilde hijo del pueblo y su Caudillo se han entendido³⁰.

Una vez que la autora ha llevado el relato hasta ese momento cumbre, introduce un repentino cambio —no menos extravagante que las peripecias anteriores vividas por el protagonista—, con un salto atrás en el tiempo narrativo, para llevar la acción al momento del despertar de Juanillo en el tren en el que quería huir de Cádiz hacia el frente, en los primeros días de la guerra. Así Carmen Martel convertía todos los episodios descritos en un sueño premonitorio de los sucesos reales de la guerra, quizá el más adecuado final para tan delirante exaltación de ese héroe juvenil.

Otra de las muestras de exaltación literaria de personajes infantiles, aparecidas en la guerra, corresponde al librito de **Manuel Barberán Castrillo**, *Un héroe de diez años o ¡Arriba España!* (1938)³¹. El tono de este relato no desme-

30. *Ibidem*, pág. 99.

31. BARBERÁN CASTRILLO, MANUEL, *Un héroe de diez años o ¡Arriba España!*, Vitoria, tipografía de J. Marquinez, (s.a.: ¿1938?).

recía en beligerancia a las creaciones que hemos comentado antes. Además, la estructura de cada página resaltaba su marcado carácter instructivo al cerrarse con encendidas consignas de carácter ético, patriótico y religioso. De acuerdo con el esquema habitual en este tipo de creaciones, Barberán Castrillo adornaba a su protagonista con toda clase de rasgos positivos, hasta el punto de recaer en tópicos excesivos y amanerados:

Pepe es un niño de diez años, tan bueno como listo y aplicado. Todos en su casa le quieren mucho.

Es obediente, no riñe con sus hermanos ni con sus amigos; no martiriza a los animales; da limosna a los pobres y respeta mucho a los ancianos.

Se levanta temprano, siempre va limpio, cuida sus libros con esmero, y no echa mentiras.

Es un niño encantador, y como es tan piadoso, parece un ángel.

“Ama a tus padres y respeta a tus superiores, y te amará Dios.”

Presentado así el personaje, su autor le hace vivir las vacaciones de verano, “al lado de su abuelita, que reside en un pintoresco pueblecito del Norte”. Allí, una idílica y bucólica pintura de las alegrías del niño, de la calma de la vida en el campo, en compañía de su abuela y otros amiguitos. Pero la tranquilidad se rompe en el despertar de un domingo, cuando el niño presencia “un espectáculo horrible”:

Un grupo de hombres de aspecto feroz, y algunas mujeres desgreñadas, llevaban a empujones y a golpes a dos sacerdotes, a los que insultaban con los gritos más soeces, las palabras más groseras y los gestos más procaces.

Los aturdían con gritos horribles y con tremendas blasfemias. Aquellos hombres parecían demonios, y las mujeres eran arpías.

Tuvo miedo Pepe y cerro el balcón aturdido, lleno de congoja, y creyendo sentir sobre sus carnes los golpes de aquellos hombres que parecían fieras.

“Ama a tu prójimo como a ti mismo.”

El niño protagonista asiste horrorizado a tales desmanes, descritos por el autor sin escatimar calificativos exacerbados, como demuestra la presentación del martirio de esos dos sacerdotes, y, después, el de dos monjas y dos señoritas:

Procaces mozalbetes y mujeres impúdicas, rugiendo como las fieras, lanzando agudos gritos y soeces palabrotas, a golpes y empujones, con toda clase de improperios y de insultos, las iban empujando hacia el lugar del suplicio, que era la plaza, donde a los gritos de ¡Viva Rusia!

y ¡Muera España! los recibió la multitud que los esperaba con el puño en alto y sedienta de sangre inocente.

“¡Viva España! ¡Viva siempre España!”

Entre tales descripciones de escenas de martirio y de pillaje, Barberán Castriello no descuidaba la intencionada caracterización de los responsables de esas acciones, a los que convertía en símbolos de los partidarios de la revolución popular:

Por todos los sitios, no se veía otra cosa que pillaje, robo, embriaguez y grosería. Daba la impresión de que una manada de jabalíes andaba suelta por el pueblo.

Los anarquistas querían destruirlo todo; los comunistas, todo lo querían robar, y todos los marxistas ansiaban apoderarse de lo que no era suyo. No pensaban más que en vivir como bestias. Los hombres y las mujeres estaban siempre borrachos y cometían toda clase de excesos que los niños imitaban.

“La pureza del alma
es la mejor fortaleza para el cuerpo.”

El anuncio de la llegada de las tropas de Franco asusta a “la canalla marxista”, que fusila a sus presos, entre éstos, la abuela de Pepe. Liberado el pueblo, el muchacho es consolado por un “legionario de España” y alabado como héroe por los soldados. En medio de esa confusión, el chiquillo descubre que su abuela sólo había resultado herida y curada ya en un hospital. A partir de ese momento, el autor centra el relato en la contraposición de los comportamientos de los dos bandos con notorio maniqueísmo:

¡Qué diferencia de conducta! Mientras los rojos quemaban edificios y ametrallaban sacerdotes, religiosas, mujeres y ancianos, los nacionales curaban a los heridos que los otros habían dejado, apagaban incendios, daban sepultura a los muertos y oraban por los caídos.

Los rojos levantaban el puño con odio; los blancos extendían la mano con amor; los soldados de Valencia, asesinaban, incendiaban y robaban; los de Salamanca, curaban, reparaban desperfectos y daban de comer a las gentes.

“Bandera de mi Patria; yo te saludo;
tu rojo, es sangre noble, y tu gualda,
oro de virtud.”

La diferencia en el trato con el pueblo, interpretada así por el autor y señalada con especial cuidado en la atención a los prisioneros, hace comprender a éstos que “la dignidad, el amor, el orden y la justicia, estaban en la España nacional”. Tan inequívocos e hiperbólicos mensajes se cerraban con la siguiente descripción:

El día de la Virgen del Pilar, fiesta de la Raza, hubo en la aldea una

fiesta solemne; por orden del CAUDILLO, se le imponía a Pepe la Medalla Militar, como premio a su heroico comportamiento, y, principalmente, por no haber abandonado el pueblo siendo el UNICO que siguió en él, y para premiarle el gran cariño que tuvo a su abuelita.

Franco, siempre justo y magnánimo siempre, premió de ese modo las virtudes de aquel niño bueno, modelo de españoles y de nietos.

Por todas partes se oía gritar ¡Viva Franco! ¡Viva Pepe el Bueno! ¡Viva España!

“Quien merece gratitud de la Patria,
merecerá bien de Dios.”

Tal como indicábamos al inicio de este artículo, la formación proselitista y la propaganda ideológica fueron los móviles básicos en las creaciones de carácter infantil, cuya justificación literaria quedaba relegada a mero vehículo para unos claros contenidos instructivos. Y, una vez terminada la guerra, esta tendencia animaría buena parte de las obras de lectura y de las revistas dedicadas a la infancia en aquella España surgida del trágico enfrentamiento.

A partir de 1939, la evolución de la literatura infantil española conocería una época difícil, donde, a la ruptura casi total con las corrientes anteriores a 1936, se unieron las circunstancias propias de la vida cultural y social de aquella época. La consecuencia inmediata fue el empobrecimiento apreciable de las creaciones y las ediciones dedicadas al público infantil³², hasta el punto de poder afirmar que la guerra civil cercenó la primera actualización de la literatura infantil española hacia unos rasgos de auténtico carácter contemporáneo.

32. GARCÍA PADRINO, JAIME, “La literatura infantil en la postguerra española (1939-1952): la difícil servidumbre de la literatura en la educación del niño”, en AA.VV., *Miscelánea homenatge a Josep Vallverdú*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 1987, págs. 111-134.